

Algunas cuestiones sobre teología de la redención (extractos)*

Comisión Teológica Internacional

(29 de noviembre de 1994)

PARTE I

La condición humana y la realidad de la redención

a) *La situación actual*

1. Hoy en día una reflexión adecuada sobre la teología de la redención ante todo ha de trazar las líneas principales de la enseñanza cristiana auténtica sobre la redención y sobre su relación con la condición humana, de cómo la Iglesia ha presentado esta enseñanza a lo largo de su tradición.

2. En primer lugar, se ha de afirmar que la doctrina de la redención se refiere a lo que Dios ha realizado por nosotros en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, es decir, a la remoción de los obstáculos que se interponían entre Dios y nosotros, y a la oferta que Dios nos ha hecho de participar de su vida. Más aún, la redención se refiere a Dios —en cuanto autor de nuestra redención—, antes de referirse a nosotros; y sólo porque es así, la redención puede significar de veras liberación para nosotros y puede ser para cada tiempo y para todos los tiempos la Buena Nueva de salvación. En otras palabras, es sólo porque la redención se refiere ante todo a la bondad gloriosa de Dios, más que a nuestra necesidad —no obstante la redención socorra tal necesidad—, que ella es para nosotros una realidad liberadora. Si la redención, por el contrario, *debiera* ser juzgada o medida según las necesidades existenciales de los seres humanos, ¿cómo se podría evitar la sospecha de haber creado nosotros simplemente un Dios redentor hecho a imagen de nuestra necesidad?

[...]

*Versión española nuestra. Hemos conservado la numeración original de las notas a pie de página.

b) En relación a las grandes religiones mundiales

[...]

10. Para la fe cristiana, pues, los seres humanos están, de hecho, lejos de la santidad de Dios a causa del pecado, además del hecho de ser distintos de Dios en cuanto creados y no intrínsecamente divinos. Esta doble diferencia entre Dios y la humanidad es testificada por la Escritura y es presupuesta por todos los cristianos de fe recta que han escrito en época postbíblica. Sin embargo, la iniciativa divina de un movimiento de amor hacia la humanidad pecadora, es una característica constante del comportamiento de Dios en relación a nosotros antes de la historia y dentro de ella, y es el presupuesto fundamental de la doctrina de la redención. Por eso, la dialéctica de la gracia y del pecado presupone que, antes de que cualquier pecado entrase en el mundo, la gracia de Dios ya hubiera sido ofrecida a los seres humanos. La lógica interna de la concepción cristiana de la condición humana pide también que Dios sea el autor de la redención, puesto que quien tiene necesidad de ser curada y salvada no es otra sino la verdadera imagen de Dios mismo en nosotros.

[...]

c) La doctrina cristiana de la redención y el mundo moderno

[...]

35. La valoración cristiana de la condición humana no es, pues, independiente en sí misma, sino que es un aspecto de una concepción más amplia, en cuyo centro está la comprensión cristiana de Dios y de las relaciones de Dios con la estirpe humana y con todo el orden creado. La visión más amplia es la de una *Alianza* que Dios ha querido y quiere para la estirpe humana. Es una alianza con la cual Dios quiere asociar a los seres humanos a su vida, realizando—incluso más allá de cualquier posible deseo o imaginación de ellos— todo lo que hay de positivo dentro de ellos y liberándolos de todo lo que hay de negativo dentro de los mismos y que frustra su vida, su felicidad y su desarrollo.

36. Sin embargo, es esencial subrayar que, si la fe cristiana habla de este modo de Dios y de su voluntad de establecer una *Alianza* con los seres humanos, no es porque nosotros hayamos sido, por así de-

cir, solamente informados (en virtud de simple y pura enseñanza) de las intenciones de Dios. Es porque de un modo mucho más radical, Dios literalmente *ha intervenido en la historia* y ha obrado precisamente en el corazón de la historia: gracias a sus «poderosas intervenciones», primero a través de toda la Antigua Alianza, pero de modo supremo y definitivo a través de, y en, Jesucristo, su Hijo único y verdadero, que ha entrado, se ha encarnado, *en la condición humana*, en su forma totalmente concreta e histórica.

38. En realidad, para la revelación bíblica, y por tanto, para la fe cristiana, conocer a Dios significa profesarlo en base a lo que Él mismo ha hecho por los seres humanos, *revelándoles plenamente a sí mismos* justo en el acto de *revelarse Él mismo a ellos*, precisamente entrando en relación con ellos: estableciendo y ofreciéndoles una Alianza; y para lograr este fin, llegando al punto de entrar y encarnarse en su misma condición humana.

39. En el fondo, es a partir de tal perspectiva que la visión de la persona humana y de la condición humana, propuesta por la fe cristiana, adquiere toda su especificidad y riqueza.

40. Finalmente, haría falta prestar cierta atención a lo que se podría definir como el debate interno del cristianismo sobre la redención y, especialmente, a la pregunta sobre cómo el sufrimiento y la muerte de Cristo se encuentran en conexión con la redención del mundo. Hoy en día la importancia de esta pregunta ha aumentado en muchos ambientes, por la percepción de la inadecuación —o al menos por la percepción de la apertura a graves y peligrosos equívocos— de ciertos modos tradicionales de entender la obra redentora de Cristo en términos de compensación o castigo por nuestros pecados. Además, el dramatismo del problema del mal y del sufrimiento no disminuye con el paso del tiempo, sino que se agudiza, y la capacidad de muchos para creer que *pueda* ser debidamente afrontado en todos sus aspectos, ha sido minada en este siglo, al considerar que se trataría un problema sin solución. En tales circunstancias, parecería importante volver a pensar el modo en que la redención revela la gloria de Dios. Se puede poner la cuestión de si una tentativa de comprender la doctrina de la redención pueda ser, en el fondo, un ejercicio de teodicea, un intento de sugerir una respuesta creíble al «misterio de iniquidad», según la expresión de Pablo, a la luz de la fe cristiana. La respuesta divina es el misterio de Cristo y de la Iglesia. En breve, la redención ¿es la *justificación* de Dios, o más bien

la más profunda *revelación* de Sí mismo a nosotros y, por ello, el don que nos hace de la paz «que supera todo entendimiento»? (*Flp* 4, 7).

[...]

PARTE II

La redención bíblica. La posibilidad de la libertad

[...]

9. La historia joánica de la Cruz narra la revelación de un Dios que tanto ha amado al mundo, que le ha dado su único Hijo²⁸. La Cruz es el lugar donde Jesús es «levantado»²⁹, para glorificar a Dios y, por lo tanto, alcanzar su propia gloria³⁰. «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (*Jn* 15, 13). Puesto que la Cruz hace conocer a Dios, todos los que creerán, deberán volver «su mirada a Aquel que han traspasado» (*Jn* 19, 37).

10. Gran parte de la búsqueda de liberación, de libertad o de cualesquiera de los términos usados hoy para hablar de lo que podría ser definido como «redención» de las ambigüedades de la situación humana, consiste en tentativas de evitar e ignorar el sufrimiento y la muerte. La vía de Jesús de Nazaret indica que el don gratuito de sí a los caminos de Dios, cueste lo que costare, nos glorifica a nosotros mismos y glorifica también a Dios. La muerte de Jesús no es el acto de un Dios cruel que exige el sacrificio supremo; no es un «volvernos a comprar» de algún poder alienante que nos ha hecho esclavos. Es el tiempo y el lugar en que un Dios, que es amor y que nos ama, se hace visible. Jesús crucificado revela cuánto nos ama Dios y afirma que en este gesto de amor un ser humano ha dado su asentimiento incondicional a las vías de Dios.

[...]

²⁸Cf. *Jn* 3, 16.

²⁹*Jn* 3, 14; 8, 28; 12, 32-33.

³⁰Cf. *Jn* 11, 4; 12, 23; 13, 1; 17, 1-4.

12. El Nuevo Testamento emplea imágenes sacrificiales para explicar la muerte de Cristo. La salvación no puede ser obtenida mediante la pura y simple perfección moral, y el sacrificio no puede ser considerado como la reliquia de una religiosidad pasada de moda. El judaísmo proporcionaba ya el modelo de la muerte expiatoria del mártir ejemplar³⁵, pero el Nuevo Testamento se aventura más allá gracias al significado decisivo atribuido a «la sangre de Cristo». La cruz de Jesús, que ocupaba una posición central en el primer anuncio, comportaba el derramamiento de sangre. El significado salvífico de la muerte de Jesús era explicado en términos tomados de la liturgia sacrificial del Antiguo Testamento, donde la sangre representaba un papel importante. Continuando la comprensión presente en el Antiguo Testamento, pero transformándola, de la sangre entendida como el signo fundamental de la vida, en la Iglesia primitiva nacieron el lenguaje y la teología sacrificiales.

1) Según una argumentación tipológica, la sangre de Cristo es considerada eficaz para establecer una Alianza nueva y perfecta entre Dios y el Nuevo Israel³⁶. Sin embargo, a diferencia de las acciones reiteradas de los sacerdotes de la anterior Alianza, la sangre de Jesús, el único medio para alcanzar el perdón y la justificación³⁷, fluye una sola vez, en un sacrificio que es ofrecido una vez por todas³⁸.

2) El término «muerte» no tiene de por sí el significado de una obra de redención. «Sangre», en cambio, implica más que la muerte. Tiene la connotación activa de la vida³⁹. El derramamiento de sangre sobre el altar era considerado el acto esencial y decisivo de la ofrenda (Levítico), pero para Pablo la eficacia atribuida a la sangre de Cristo (justificación, redención, reconciliación y expiación) va mucho más allá del alcance atribuido a la sangre en el Levítico, donde tiene sólo un efecto negativo, la protección de o neutralización de lo que no permite un culto de Dios seguro y aceptable (Rm 3, 24-25). Cristo es considerado *kaporeth*: al mismo tiempo oferta y propiciación.

³⁵Cf. 4 Mac.

³⁶Cf. Ex 24; Mt 26, 27-28; 1 Co 11, 23-26; Hb 9, 18-21.

³⁷Cf. Hb 9, 22.

³⁸*Ephapax*: cf. Rm 6, 10; Hb 7, 27; 9, 12; 10, 10.

³⁹Cf. Rm 5, 8-10.

3) Formar parte de la Alianza significa obedecer⁴⁰. La idea de la obediencia y de la lealtad hasta la muerte, a la *Torah* era bien conocida por el judaísmo del siglo primero. Por esto Pablo está en grado de explicar la muerte de Jesús como obediencia a las exigencias de Dios⁴¹. Esta obediencia no es el modo de aplacar a un Dios airado, sino una oblación libre de sí que hace posible la creación de la Nueva Alianza. El cristiano entra en la Nueva Alianza tomando como modelo la paciencia y la obediencia de Jesús⁴².

4) Como toda la vida terrena de Jesús⁴³, su muerte en cruz ha tenido lugar en presencia y gracias a la ayuda del Espíritu Santo⁴⁴. Aquí cualquier analogía con el Antiguo Testamento desaparece. Es Jesucristo «quien con un Espíritu eterno se ofreció a sí mismo» (*Hb* 9, 14). Todo lo que acontece en la cruz es testimonio dado al Padre y, según Pablo, nadie puede llamar a Dios Padre si no en el Espíritu, y el Espíritu de Dios da testimonio de Él en los creyentes⁴⁵. Según el cuarto evangelio, el Espíritu es dado a la Iglesia cuando Jesús grita: «Todo se ha cumplido», y entrega el Espíritu (*Jn* 19, 30: *Parédoken to pneuma*).

5) La muerte de Jesús ha sido alabanza y exaltación de Dios. Él ha permanecido fiel en la muerte; ha manifestado el reino de Dios y, por tanto, en la muerte de Jesús, Dios estaba presente. Por esta razón la Iglesia primitiva atribuía a la muerte de Jesús un poder redentor: «Aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote a la manera de Melquisedec» (*Hb* 5, 8-10).

El sacrificio de Jesús en la cruz no ha sido solo *passio*, sino también *actio*. Este último aspecto, el ofrecimiento voluntario de sí al Padre, con su contenido pneumático, es el más importante de su muerte. El drama no es un conflicto entre la fatalidad y el individuo

⁴⁰Cf. *Sal* 2, 8.

⁴¹Cf. *Rm* 5, 13-18; *Flp* 2, 8; cf. también *Hb* 10, 5.

⁴²Cf. también *I Pt* 1, 18-20.

⁴³Cf. *Mt* 1, 21; 3, 17; 4, 1-10; *Lc* 1, 35; 4, 14-18; *Jn* 1, 32.

⁴⁴Cf. *Lc* 23, 46.

⁴⁵Cf. *Rm* 8, 15; *Gl* 4, 6.

singular. Por el contrario, la cruz es una liturgia de obediencia que manifiesta la unidad entre el Padre y el Hijo en el Espíritu eterno.

[...]

14. El cristianismo tiene la misión de anunciar en palabras y obras la irrupción de la libertad frente a las muchas esclavitudes que deshumanizan la creación de Dios. La revelación de Dios en y a través de Jesús de Nazaret, crucificado, pero resucitado, nos llama a ser todo aquello para lo que hemos sido creados. La persona que participa del amor de Dios revelado en y a través de Jesucristo llega a ser lo que él y ella había sido llamado a ser en la propia creación: la imagen de Dios⁴⁶, como Jesús es icono de Dios⁴⁷. La historia de Jesús demuestra que esto nos costará todo. Sin embargo, la respuesta de Dios a la historia de Jesús es igualmente dramática: la muerte y el pecado han sido derrotados una vez por todas⁴⁸.

[...]

PARTE III

a) La interpretación patristica de la redención

Introducción

1. Los Padres continuaron la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la redención, desarrollando y elaborando algunos temas a la luz de su situación religiosa y cultural. Poniendo el acento sobre la liberación del paganismo, de la idolatría y de los poderes demoníacos y, en consonancia con la mentalidad de su tiempo, interpretaron la redención sobre todo como una liberación de la mente y del espíritu. Sin embargo, no descuidaron la importancia del cuerpo, en el cual las señales del deterioro y de la muerte, como consecuencias del pecado⁵⁸, aparecían con evidencia mayor. Permaneciendo fieles al axioma *caro cardo salutis* («La carne, punto de apoyo de la salva-

⁴⁶Cf. *Gn* 1, 26-27.

⁴⁷Cf. *Col* 1, 15.

⁴⁸Cf. *Rm* 6, 5-11; *Hb* 9, 11-12; 10, 10.

⁵⁸Cf. *Rm* 5, 12.

ción»), condenaron la concepción gnóstica de la redención de la sola alma.

2. Los Padres tienen una idea clara de la eficacia «objetiva» de la redención y de la reconciliación, que obra la salvación del mundo entero, y de la eficacia «subjetiva» que se refiere a los seres humanos en particular. Lo «objetivo» está estrechamente ligado con la Encarnación y la Cristología, mientras lo «subjetivo» está en conexión con los sacramentos y la doctrina de la gracia, que acompaña y guía la historia humana hacia el *eschaton*.

[...]

Conclusión

13. La base de la reflexión patrística sobre la redención se funda en temas que nos llegan de la tradición bíblica. El abismo entre la condición humana y la esperanza en la libertad de ser hijos e hijas del único Dios verdadero, es comprendido y presentado con claridad. La iniciativa de Dios colma el abismo a través del sacrificio de Jesucristo y su resurrección. Dentro de las diversas escuelas de pensamiento, estos elementos constituyen la base de la reflexión patrística. Igualmente importante para los Padres es la asociación de la historia humana y de cada uno de los seres humanos a la muerte y resurrección de Jesucristo. Una vida de amor y obediencia refleja y, de alguna manera, nos envuelve en el significado perenne de su vida y muerte. Aunque hablasen de modos diversos, que reflejaban su visión personal del mundo y sus problemas, los Padres de la Iglesia elaboraron, sobre la base del Nuevo Testamento y del desarrollo de los «misterios» de la vida, de la oración y de la práctica de la Iglesia, un cuerpo sólido de tradición sobre el cual la reflexión teológica posterior ha podido construir.

b) Teorías más recientes sobre la redención

14. La Sagrada Escritura y los Padres de la Iglesia ofrecen un fundamento sólido para la reflexión sobre la redención de la estirpe humana a través de la vida, la enseñanza, la muerte y la resurrección de Cristo en cuanto Hijo de Dios encarnado. Proporcionan también una gran cantidad de metáforas y analogías con las cuales ilustrar y

contemplar la obra redentora de Cristo. Hablando de Cristo como vencedor, maestro y médico, los Padres tendían a subrayar la acción «descendente» de Dios, pero sin descuidar la obra de Cristo como la de alguien que ofrece satisfacción, pagando el «rescate» debido y ofreciendo el único sacrificio digno.

[...]

18. Tomás de Aquino toma el concepto de satisfacción de Anselmo, pero lo interpreta de un modo que recuerda a Abelardo. Para Santo Tomás la satisfacción es la expresión concreta del dolor por el pecado. Sostiene que la pasión de Cristo ha pagado por el pecado porque ha sido un acto de amor por excelencia, sin el cual no podría subsistir ninguna satisfacción⁸⁶. En su sacrificio Cristo ha ofrecido a Dios más de lo que se le pedía. Citando a *1 Jn 2,2*, declara que la pasión de Cristo ha satisfecho sobreabundantemente por los pecados de todo el mundo⁸⁷.

La muerte de Cristo era necesaria sólo en cuanto resultado de una decisión libre de Dios de redimir a la humanidad en modo apropiado, proclamando sea la justicia, sea la misericordia de Dios⁸⁸. Según el Angélico, Cristo el Redentor, cura y diviniza a los seres humanos pecadores, no sólo por medio de su cruz, sino también por medio de su encarnación y de todos sus *acta et passa in carne*, comprendida su gloriosa resurrección.

En su sufrimiento y muerte Cristo no es un puro y simple sustituto de los pecadores caídos, sino más bien la Cabeza representativa de una humanidad regenerada. Santo Tomás sostiene «que Cristo es Cabeza de la Iglesia y que la gracia que Él posee como Cabeza es transmitida a todos los miembros de la Iglesia en fuerza de la unión orgánica del Cuerpo místico»⁸⁹.

[...]

⁸⁶*Summa Theol.* III, q. 14, a.1 ad 1; Cf. Suppl. q.14, a.2.

⁸⁷*Summa Theol.* III, q. 48, a. 2c.

⁸⁸*Ib.* III, q. 46, a. 1 c y ad 3.

⁸⁹COMMISSIONE TEOLOGICA INTERNAZIONALE, *Alcune questioni riguardanti la Cristologia*, IV D 6, in *Documenta - Documenti (1969-1985)*, Ciudad del Vaticano, Libr. Ed. Vaticana, 1988, 297.

c) Las corrientes del siglo XX

25. En el siglo XX han aparecido numerosas teorías nuevas de la redención. En la teología kerigmática de Rudolf Bultmann, Dios redime a la humanidad por medio de la proclamación de la cruz y de la resurrección. El significado redentor de la cruz, para Bultmann, no se apoya en ninguna teoría «ascendente» del sacrificio y de la satisfacción vicaria (ambas en olor de mitología), sino en el juicio «descendente» del mundo y en su liberación del poder del mal. El mensaje paradójico de la salvación por medio de la cruz despierta en los oyentes una respuesta de sumisión llena de amor que los hace pasar de una existencia inauténtica a una existencia auténtica. «Crear en la cruz de Cristo no significa dirigir la mirada a un acontecimiento mítico, que se haya realizado fuera de nosotros y de nuestro mundo, un acontecimiento objetivamente contemplable, que Dios consideraría como verificado a nuestro favor; creer en la cruz de Cristo significa aceptarla como propia, significa hacerse crucificar junto con Cristo»¹⁰².

[...]

29. La teología de la liberación puede aparecer como unilateral en su énfasis dado a la reforma social. Como reconocen algunos de sus fautores, la santidad no se puede alcanzar ni el pecado puede ser vencido por un puro y simple cambio de estructuras sociales y económicas. Puesto que el mal tiene su fuente en gran medida en el corazón humano, los corazones y mentes han de ser transformados e impregnados por la vida que viene de arriba. Los teólogos de la liberación difieren entre sí en el relieve que dan a la esperanza escatológica. Algunos afirman explícitamente que el reino de Dios no puede ser instaurado plenamente por la acción humana dentro de la historia, sino sólo por la acción de Dios en la *parousía*.

30. Entre los teólogos modernos que tratan de restablecer el sentido de la acción «descendente» de Dios en favor de sus creaturas necesitadas, merece mención especial Karl Rahner: describe a Jesús como el símbolo insuperable que manifiesta la voluntad salvífica

¹⁰²R. BULTMANN, *Nuovo Testamento e mitologia. Il manifesto della demitizzazione*, Brescia, Queriniana 1970, 2ª ed., 162. El párrafo citado está tomado del ensayo *Zum Problem der Entmythologisierung* («Sobre el problema de la desmitologización») en *Kerygma und Mythos*, Hamburg, 1952.

universal inmutable de Dios. En cuanto realidad simbólica, Cristo representa efectivamente sea la irrevocable autocomunicación de Dios en la gracia, sea la aceptación de dicha autocomunicación por parte de la humanidad¹⁰⁶. Rahner es muy cauto respecto a la idea del sacrificio expiatorio, que describe como un concepto antiguo que se presuponía válido en tiempos del Nuevo Testamento, pero que «ofrece poca ayuda hoy para la comprensión de aquello que estamos buscando», es decir, el significado causal de la muerte de Jesús¹⁰⁷. En la teoría de Rahner de la causalidad casi sacramental, la voluntad salvífica de Dios pone el signo, en este caso la muerte de Jesús junto con su resurrección, y dentro del signo y a través del mismo causa lo que se significa¹⁰⁸.

31. Parecería que para Rahner los beneficios esenciales de la redención pudieran obtenerse a través de la aceptación de la autocomunicación interior de Dios que es dada a todos, como un «existencial sobrenatural», incluso antes de que la Buena Nueva de Jesucristo sea escuchada. El mensaje del Evangelio, cuando es conocido, hace posible comprender mejor aquello que está ya implícito en la palabra interior de la gracia de Dios. Todos los que escuchan y creen en el mensaje cristiano alcanzan la certeza de que la palabra última de Dios hacia los seres humanos no es de severidad y juicio, sino de amor y misericordia.

32. La teoría de Rahner tiene un valor indiscutible en cuanto pone el acento sobre la iniciativa misericordiosa de Dios y sobre la adecuada respuesta de confianza y gratitud. Teoría que se aparta de las limitaciones legalísticas y moralísticas de algunas precedentes. Sin embargo, algunos se preguntan si la teoría deja espacio suficiente a la eficacia causal del evento Cristo y sobre todo al carácter redentor de la muerte de Jesús en la cruz. ¿El símbolo Cristo expresa y comunica, pues, simplemente lo que es dado precedentemente en la voluntad salvífica universal de Dios? Y la palabra interior de Dios (como «revelación trascendental»), ¿es enfatizada a expensas de la palabra exterior, anunciada en la proclamación del Evangelio como Buena Nueva?

¹⁰⁶ K. RAHNER, *Corso fondamentale sulla fede*, Alba (CN), ed. Paoline, 1977, 254s.

¹⁰⁷*Ib.*, 364.

¹⁰⁸*Ib.* 366.

33. Aventurándose más allá de Rahner, algunos teólogos contemporáneos han introducido una distinción todavía más radical entre los aspectos trascendentales y categoriales de la religión. Para ellos la revelación como orientación trascendental es dada al espíritu humano siempre y en todo lugar. En las diversas religiones, incluidos el judaísmo y el cristianismo, individualizan simbolizaciones condicionadas históricamente y culturalmente de una experiencia espiritual común a todas. Todas las religiones son consideradas redentoras en la medida en que sus «mitos» despiertan la conciencia de la obra interior de la gracia y empujan a sus secuaces a una acción liberadora. A pesar de sus divergencias doctrinales, se sostiene, las varias religiones están unidas en su orientación hacia la salvación. «El impulso común, sin embargo, es *soteriológico*, porque la preocupación de la mayoría de las religiones es la *liberación* (*vimukti, moksa, nirvana*)»¹⁰⁹. En base a razonamientos de este tipo, un teólogo contemporáneo invoca una transición del teocentrismo o cristocentrismo a lo que él llama «soteriocentrismo»¹¹⁰.

34. Estas aproximaciones interreligiosas son laudables intentos de alcanzar la armonía entre concepciones religiosas diferentes y de reivindicar la centralidad de la soteriología. Sin embargo, las diversas identidades de las religiones son puestas en peligro. El cristianismo, en particular, es desnaturalizado si se le priva de la doctrina según la cual la redención no llega simplemente a través de una labor interior de la gracia divina o a través del empeño humano en una acción liberadora, sino a través de la obra de salvación del Verbo encarnado, cuya vida y muerte son eventos históricos reales.

35. De la teología trascendental de las religiones a las teorías de la *New Age*, a la que se ha aludido en la parte I, no hay más que un paso. Con el presupuesto de que lo divino es una parte constitutiva inherente a la naturaleza humana, algunos teólogos insisten en una religión celebrativa, centrada sobre la creación, en substitución del tradicional relieve cristiano de la caída y la redención. Se estima que la salvación consista en el descubrimiento y en la actualización

¹⁰⁹A. PIERIS, «The Place of Non-Christian Religions and Cultures in the Evolution of Third World Theology», in V. Fabella - S. Torres (eds.), *Irruption of the Third World Challenge to Theology*, Maryknoll (NY), Orbis books, 1983, 133.

¹¹⁰P. F. KNITTER, «Toward a Liberation Theology of Religions», in J. HICK - P. F. KNITTER (EDS.), *The Myth of Christian Uniqueness: Toward a Pluralistic Theology of Religions*, Maryknoll (NY), Orbis Books, 1987, 178-200, aquí 187 (tr. it. *L'unicità cristiana: un mito?*, Assisi, Cittadella, 1994).

de la presencia divina inmanente a través de una espiritualidad cósmica, de una liturgia alegre y de técnicas psicológicas de elevación de la conciencia y de dominio de sí¹¹¹.

36. Los métodos de conciencia espiritual y de disciplina desarrollados en las grandes tradiciones religiosas y en algunos movimientos contemporáneos del «potencial humano» no deben ser menospreciados, pero en modo alguno pueden ser equiparados a la redención entendida en el sentido cristiano de la palabra. No hay fundamentos válidos para minimizar la irradiación de los efectos del pecado y la incapacidad de la humanidad para redimirse por sí sola. La humanidad no es redimida ni Dios es convenientemente glorificado, si no es a través de la acción misericordiosa de Dios en Jesucristo.

d) La recuperación de la tradición primitiva

37. Un cierto número de teólogos católicos contemporáneos están buscando mantener en tensión los temas «ascendente» y «descendente» de la soteriología clásica. Frecuentemente, inclinándose por una teología de la redención narrativa o dramática, estos autores han recuperado temas importantes de los relatos bíblicos, de Ireneo, Agustín y Tomás de Aquino. El esbozo trazado a continuación se basa en materiales tomados de una gran variedad de autores recientes.

38. En cuanto distintas de las teorías legalísticas de la reparación o de la substitución en la pena, estas teorías ponen el acento sobre lo que podríamos definir primado representativo. Mientras no descuidan la distinción entre el Redentor y los redimidos, estas teorías enfatizan el modo en que Cristo se identifica con la humanidad caída. Él es el nuevo Adán, el progenitor de una humanidad redimida, la Cabeza o la Vid en que cada uno ha de ser incorporado como miembro o rama. La participación sacramental es el modo normal por medio del cual cada uno llega a ser miembro del Cuerpo de Cristo y crece en su unión con Él.

¹¹¹Muchos de estos temas se ejemplifican en las obras de Matthew Fox, especialmente en su *Original Blessing: a Primer in Creation Spirituality*, Santa Fe, Bear & Co., 1983, ed. aumentada 1990.

39. La teoría del primado representativo considera la redención como intervención misericordiosa de Dios en la situación humana de pecado y sufrimiento. El Verbo encarnado llega a ser el punto de encuentro para la constitución de una humanidad reconciliada y sanada. Toda la aventura humana de Jesús, incluidos los misterios de su vida oculta y pública, es redentora, pero alcanza su culmen en el misterio pascual, por medio del cual Jesús, a través de su sumisión llena de amor a la voluntad del Padre, sella una nueva relación de alianza entre Dios y la humanidad.

La muerte de Jesús, que deriva inevitablemente de su valiente oposición al pecado humano, constituye el acto supremo de su don sacrificial, y bajo tal aspecto es agradable al Padre, porque expía de modo eminente el desorden del pecado. Sin ser personalmente culpable y sin ser castigado por Dios por los pecados de los otros, Jesús se identifica por amor con la humanidad pecadora y experimenta el sufrimiento de su separación de Dios¹¹². En su mansedumbre Jesús permite a sus enemigos descargar sobre Él su rencor. Devolviendo amor por odio y consintiendo sufrir como si fuese culpable, Jesús hace presente en la historia el amor misericordioso de Dios y abre un canal a través del cual la gracia redentora puede fluir hacia el mundo.

40. La obra de la redención se completa en la vida resucitada del Salvador. Al resucitar a Jesús de entre los muertos, Dios lo constituye fuente de vida para muchos. La resurrección es la efusión del amor creador de Dios en el espacio vacío creado por el sacrificio «kenótico» de sí por parte de Jesús. A través de Cristo resucitado, que obra en el Espíritu Santo, el proceso de redención continúa hasta el fin de los tiempos, a medida que nuevas personas por así decir «son injertadas» en el Cuerpo de Cristo. Los pecadores son redimidos cuando se abren al don generoso de sí hecho por Dios en Cristo; cuando, con ayuda de su gracia, imitan su obediencia y cuando ponen la propia esperanza de salvación en la incesante misericordia de Dios en su Hijo. En resumen, ser redimidos significa entrar en comunión con Dios a través de la solidaridad con Cristo. En el cuerpo de Cristo los muros de la división son derribados progresivamente y se alcanza la reconciliación y la paz.

¹¹²Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 603.

PARTE IV

Perspectivas sistemáticas

a) La identidad del redentor. ¿Quién es el Redentor?

1. Precisamente de las concepciones de pecado o de caída, por un lado, y de gracia o divinización, por otro, resulta evidente que la naturaleza humana caída no estaba en grado de restablecer sus relaciones interrumpidas con Dios y de entrar en amistad con Él. Un Redentor auténtico, por tanto, debía ser divino. Sin embargo, era muy oportuno que la humanidad desempeñase un papel al reparar por su culpa colectiva. Con las palabras de Tomás de Aquino: «Un puro hombre no habría podido satisfacer por todo el género humano; por otro lado, Dios no debía satisfacer; por tanto, era necesario (*oportebat*) que Jesucristo fuese Dios y hombre»¹¹³. Según la fe cristiana, Dios no ha borrado la culpa humana sin participación de la humanidad en la persona del nuevo Adán, en el cual toda la estirpe debía ser regenerada.

2. La redención, por eso, es un proceso que implica sea la divinidad, sea la humanidad de Cristo. Si Él no fuese divino, no podría pronunciar el juicio eficaz de Dios de perdón ni podría hacer participar en la vida trinitaria íntima de Dios. Pero si no fuese hombre, Jesucristo no podría realizar la obra de reparación en nombre de la humanidad por las ofensas cometidas por Adán y por la posteridad de Adán. Sólo porque tiene las dos naturalezas, ha podido ser la Cabeza representativa que ofrece satisfacción por todos los pecadores y que da a todos ellos la gracia.

3. En cuanto obra de Dios, *ad extra*, la redención es atribuible a las tres personas divinas, pero según aspectos diversos. La iniciativa por la cual el Hijo y el Espíritu Santo son enviados al mundo se atribuye al Padre, origen fontal del que mana todo beneficio. El Hijo, puesto que se encarna y muere en la cruz, actúa el trastocamiento gracias al cual nosotros somos transformados de enemistad en amistad con Dios. El Espíritu Santo, enviado a las mentes y a los corazones de los creyentes, los pone en grado de tomar parte personalmente en los beneficios de la acción redentora de Dios. Después

¹¹³*Summa Theol.* III, q. 1, a. 2 c.

de la Ascensión de Cristo, el Espíritu Santo hace presentes los frutos de la actividad redentora de Cristo en la Iglesia y por medio de ella¹¹⁴.

4. ¿Quién es el Redentor? A esta pregunta se puede responder solamente desde dentro de la Iglesia y a través de la Iglesia. Conocer al Redentor significa pertenecer a la Iglesia. Agustín lo subrayaba en su enseñanza sobre el Cristo total (*Christus totus*), Cabeza y miembros juntamente. Como afirma Gregorio Magno, «nuestro Redentor es considerado una persona sola con la santa Iglesia que Él ha hecho suya»¹¹⁵. La vida de la Iglesia en cuanto cuerpo de Cristo no debería ser amputada de la vida de la Cabeza. Juan Eudes ofrece una aproximación inicial a una descripción de la unicidad del Redentor: «Nosotros debemos desarrollar continuamente en nosotros y, en fin, completar los estados y misterios de Jesús, Debemos además pedirle que los lleve Él mismo a pleno cumplimiento en nosotros y en toda su Iglesia [...]. El Hijo de Dios desea [...] como una extensión y continuación en nosotros y en toda su Iglesia de sus Misterios»¹¹⁶. La *Gaudium et spes*, en el n. 22 expresa esta unicidad del Redentor que abraza todo: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. [...] En Él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, a todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado». Juan Pablo II se hace eco de estas palabras en la *Redemptor hominis* (n. 13, 3): «[...] Cada uno ha sido incluido en el misterio de la Redención, y con

¹¹⁴Los lazos entre las misiones del Hijo y del Espíritu Santo en el misterio de la redención son examinados por Juan Pablo II en su encíclica de 1986 *Dominum et vivificantem*, especialmente en los nn. 11, 14, 28 y 63.

¹¹⁵GREGORIO MAGNO, *Mor. praef.* I, 6. 4; cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 795 para ulteriores referencias.

¹¹⁶Citado en *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 521; para toda la cuestión, cf. nn. 512-570.

cada uno Cristo se ha unido, para siempre, a través de este misterio».

5. A través de la encarnación del Verbo, la unicidad del Redentor se hace discernible para nosotros ya en su fuerza redentora. En el misterio pascual el Redentor ha hecho la salvación disponible para todos: «Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (*Jn* 12, 32). El don de Pentecostés hizo a sus apóstoles y discípulos finalmente capaces de reconocer quién y qué era Jesús, así como en la comunión de la Iglesia —la enseñanza, la fracción del pan y las oraciones (*Hch* 2, 42)— llegaron a ser conscientes de lo que Jesús había hecho por ellos, de lo que había enseñado y mandado. Esta es exactamente la función del Espíritu Santo en la teología joánica (cf. *Jn* 16, 13-15).

6. Por lo tanto, nosotros, en cuanto seres humanos, podemos conocer quién es el Redentor, pero sólo dentro de la comunidad eclesial y por medio de ella. Cristo no puede ser aislado de la Iglesia. Él es precisamente Aquél que nutre su cuerpo en cuanto Iglesia y, por tanto, atrae la comunidad de creyentes a la obra de realización de la redención. Sería también un error gravar a la Iglesia de una autonomía que no podría soportar por sí sola.

7. La unicidad de Cristo debe ser comprendida dentro de esta «constelación cristológica» que asume forma concreta en la Iglesia. El misterio pascual constituye el contexto del año litúrgico de la Iglesia¹¹⁷. Los cristianos son invitados —a través de su fe objetiva (*fides quae*) y también según las propias posibilidades dentro de la comunidad eclesial— a confesar y predicar a Cristo como el único y sólo Redentor de este mundo, de suerte que la Iglesia sea el sacramento de la salvación universal. El evento Cristo se hace disponible a través de la Iglesia en cuanto que Ella percibe, explica y predica la unicidad del Redentor.

8. La Iglesia hace presente al sólo y único Redentor en cuanto, como comunidad (*koinonía*) que vive del misterio pascual, Ella acoge a todos los que experimentan la justificación en Cristo en el bautismo o en el sacramento de la reconciliación y quieren vivir la redención. Si bien aquí hemos de tener en cuenta que la comunión en el sacrificio de Cristo (*prophora*) implica también una partici-

¹¹⁷Cf. *Sacrosantum Concilium*, nn. 102-104.

pación de sus sufrimientos¹¹⁸; este sufrimiento con Cristo que se expresa sea sacramentalmente, sea eficazmente en la vida cristiana, contribuye a la edificación de la Iglesia y consiguientemente es redentor.

9. El significado de la redención y la unicidad del Redentor son revelados por las actividades constitutivas de la Iglesia en este mundo: *martyria*, *diakonía* y *leitourgía*. En cuanto *koinonía* del Señor, la Iglesia llama a la humanidad a un estilo de vida altruista y oblativo (*prophora*), que tiene su fundamento sobre todo en la Eucaristía, pero también en la comunión de los Santos, en la cual María ocupa un puesto especial. El conocimiento, adquirido por la fe vivida de la Iglesia, de la existencia de una intersubjetividad entre los redimidos y el sólo y único Redentor, puede ser objetivada en auténticos enunciados teológicos. Estos, cuando parten de la objetividad del Redentor, pueden reforzar la vida individual de fe y darle una forma precisa. Por ejemplo, la celebración del domingo como día de la resurrección de Aquél que ha sido crucificado, es muy antigua y está inseparablemente unida a la conciencia de la unicidad del Redentor.

[...]

11. El Padre nos ha hecho hijos suyos redimiéndonos a través de la voluntad humana de Cristo. En la obediencia de Cristo a la voluntad del Padre y en el don de su vida por muchos¹²¹, su persona y su obra de redención en nuestro mundo adquieren un significado y una dignidad únicos e incomparables.

El proceder de Cristo del Padre continúa en su darse por nosotros. Esta relación única, precisamente por su naturaleza, no puede ser integrada teológicamente en ninguna otra religión, aunque la obra de la redención sea accesible a todos. El hecho de que la voluntad humana de Cristo como Redentor esté condicionada históricamente no excluye de por sí la posibilidad de que sea humanamente *sui generis*, lo cual es quizá aquello a lo que la Epístola a los Hebreos alude como «un aprender a obedecer», obediencia que

¹¹⁸Cf. *Col* 1, 24.

¹²¹Cf. *Mc* 14, 24; 10, 45; Comisión Teológica Internacional, *Temas selectos de Ecclesiológia. En ocasión del XX aniversario de las conclusiones del Concilio Ecueménico Vaticano II (1985)*, tesis 2.

Cristo realizará radicalmente en el misterio pascual. Puesto que esta voluntad de Cristo como Redentor está en total acuerdo con la voluntad divina («que no se haga mi voluntad, sino la tuya»), Cristo, en cuanto mediador encarnado, es también nuestro abogado en el santuario celeste¹²².

12. La concepción del don de sí para todos de parte del Redentor depende indudablemente del misterio pascual, pero depende en no menor medida del misterio de la Encarnación y de los misterios de la vida de Cristo, que representan para los cristianos una invitación y un ejemplo para vivir su vida como *fili in Filio*¹²³.

De aquí se deduce claramente que la vida cristiana tiene una dimensión trinitaria. En el curso de la justificación que el creyente puede recibir en la Iglesia, la experiencia cristiana entra con el Redentor en una santificación de la vida redimida que es guiada y perfeccionada —en modo más intenso que en la justificación— por el Espíritu Santo. Esto significa que estamos invitados, a través de Cristo en el Espíritu Santo, a compartir, ya ahora, la vida divina de la Trinidad.

El don del Padre, es decir, la persona de su Hijo y la participación en el Espíritu Santo, impide por esto un pelagianismo que intente justificar la naturaleza humana a través de los recursos que le son propios, e igualmente excluye un quietismo que quiera una participación demasiado modesta de la persona humana.

13. La vida cristiana es considerada correctamente por la tradición como una preparación a la comunión eterna con Dios. En este sentido nosotros estamos caminando «en la carne» hacia nuestro sólo y único Señor, el Redentor, para estar un día totalmente unidos a Él.

Sin embargo, la unicidad del Redentor se revela en la vida de los creyentes aquí y ahora. En este mundo, señalado como está sea por la bondad de la creación, sea por la pecaminosidad de la caída, los cristianos tratan, por medio de la imitación de Cristo, de vivir a fondo y difundir la redención. Su vivir rectamente y el ejemplo de un estilo de vida cristiano hacen posible a la gente de toda época el

¹²²Epístola a los Hebreos; Plegarias Eucarísticas.

¹²³Cf. Rm 8, 15-17.

llegar a conocer a Aquél que es el único y sólo Redentor de este mundo. En esto consiste precisamente la evangelización.

b) La humanidad caída y redimida

[...]

16. Se podría decir que, frente a la redención ofrecida por Jesucristo, la humanidad descubre estar fundamentalmente orientada a la salvación y profundamente señalados por el pecado.

[...]

44. Así, pues; aparece la condición humana: dividida entre dos Adanes, y este es el modo en que la fe cristiana interpreta tal situación «contrastada» que cualquiera, también fuera del contexto de la fe, puede reconocer como una característica de la condición histórica de la persona humana. Inmersa en una historia de pecado, desobediencia y muerte, como resultado de sus orígenes en Adán, la humanidad es llamada a entrar en la solidaridad del nuevo Adán que Dios ha enviado: su único Hijo que ha muerto por nuestros pecados y que ha resucitado para nuestra justificación. La fe cristiana afirma claramente que con el primer Adán ha habido una proliferación del pecado y con el segundo Adán una sobreabundancia de gracia¹²⁴.

45. El entero curso de la historia humana y el corazón de cada persona constituyen el escenario en el cual se desarrolla entre estos dos Adanes el drama de la salvación y de la vida de todos los seres humanos, a la vez que la gracia y la gloria de Dios.

c) El mundo bajo la gracia redentora

1) La humanidad bajo el signo de la redención

46. El Hijo de Dios se ha hecho nuestro hermano sobre todo para salvar los seres humanos (*Hb* 2, 17), «probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado». Según algunos escritores patrísticos (incluyendo a Ireneo y Atanasio, recordados más arriba en la

¹²⁴*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 412, que cita *Rm* 5, 20 y *Summa Theol.* III, q. 1, a.3 ad 3.

Parte III), se puede afirmar que, aunque no se trate de una «encarnación colectiva», la encarnación del *Logos* influye sobre toda la naturaleza humana. Puesto que el Hijo de Dios es un miembro de la familia humana, todos los otros han sido elevados a la nueva dignidad de hermanas y hermanos suyos. Precisamente porque la naturaleza humana asumida por Cristo ha conservado su identidad creatural, ha sido elevada a una condición superior. Como leemos en la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo: «El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre»¹²⁵. En cuanto «segundo Adán» Cristo recapitula la humanidad frente a Dios, llega a ser Cabeza de una familia renovada y restituye la imagen de Dios a su verdad primitiva. Al revelar el misterio del amor del Padre, Cristo revela plenamente la humanidad a sí misma y le descubre la altísima vocación de toda persona¹²⁶.

47. La obra redentora de Cristo influye sobre todos los seres humanos en su relación con el destino último, porque todos están llamados a la vida eterna. Derramando su sangre en la cruz, Cristo ha establecido una nueva alianza, un régimen de gracia, que es dirigido a toda la humanidad. Cada uno de nosotros puede decir junto con el Apóstol que Él «me ha amado y se ha entregado a sí mismo por mí» (*Gal* 2, 20). Cada uno está llamado a compartir, mediante la adopción como hijo, la filiación de Cristo. Dios no hace tal llamada sin hacernos capaces de responderle. Por esto el Vaticano II puede enseñar que no hay ser humano, ni siquiera «aquellos que sin culpa ignoran el Evangelio de Cristo», que no sea tocado por la gracia de Cristo¹²⁷. «[...] en consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual»¹²⁸. En pleno respeto de los misteriosos caminos de la Providencia divina frente a los no evangelizados, la atención se centra aquí en el plan revelado de salvación que manifiesta los designios misericordiosos de Dios y el modo en que Dios es glorificado convenientemente.

¹²⁵*Gaudium et Spes*, n. 22; Cf. Juan Pablo II, Carta Enc. *Redemptor hominis*, nn. 8, 13 y passim.

¹²⁶*Gaudium et spes*, n. 22; cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Veritatis splendor*, n. 2.

¹²⁷*Lumen gentium*, 16.

¹²⁸*Gaudium et spes*, 22.

2) *La respuesta de fe*

48. La primera condición para entrar en la nueva alianza de gracia es tener una fe modelada sobre la de Abraham (*Rm 4, 1-25*). La fe es la respuesta fundamental a la Buena Noticia del Evangelio. Ninguno puede ser salvado sin la fe, la cual es el fundamento y origen de toda la justificación¹²⁹.

[...]

3) *Liberación*

51. El bautismo es el sacramento de la liberación del pecado y del nuevo nacimiento en la libertad elegida de nuevo. Liberado del pecado por medio de la gracia de Dios, que suscita la respuesta de fe, el creyente comienza el camino de la vida cristiana. A través de la fe suscitada por la gracia, el creyente es liberado del dominio del mal y es confiado a Jesucristo, maestro que dona la libertad interior. Esta no es un pura y simple libertad que autoriza indiferentemente toda opción posible, sino una libertad de conciencia que invita a las personas, iluminadas por la gracia de Cristo, a obedecer a la ley más profunda de su ser y a observar la regla del Evangelio.

[...]

7) *La solidaridad eclesial*

[...]

64. Las diversas etapas de la redención se manifiestan dentro de la Iglesia, donde han de ser alcanzadas la liberación, la reconciliación y la comunión ya descritas. La vida en la Santa Iglesia, Cuerpo del Redentor, permite a los cristianos alcanzar una curación progresiva de su naturaleza, herida por el pecado. En la solidaridad con sus compañeros de fe, dentro de la Iglesia el cristiano experimenta la progresiva liberación de todas las esclavitudes alienantes y encuentra una auténtica comunión que derrota el aislamiento.

¹²⁹CONCILIO DE TRENTO, Sesión 6, cap. 8 (DS 1532).

[...]

8) *Santificación*

69. Libre del pecado, reconciliado y en comunión con Dios y con la Iglesia, el fiel experimenta un proceso de santificación que comienza con el bautismo en la muerte al pecado y en una nueva vida con Cristo resucitado. Escuchando la palabra de Dios y participando de los sacramentos y de la vida de la Iglesia, el cristiano es transformado gradualmente según la voluntad de Dios y configurado a imagen de Cristo para llevar los frutos del Espíritu.

[...]

9) *Sociedad y cosmos*

72. La redención tiene efectos que se extienden más allá de la vida interior y de las relaciones recíprocas de los cristianos en la Iglesia. Despliega su influjo hacia el exterior en cuanto la gracia de Cristo tiende a aliviar todo lo que lleva al conflicto, a la injusticia y a la opresión, contribuyendo de este modo a la que el Papa Pablo VI definía una «civilización del amor». Las «estructuras de pecado» erigidas por la avaricia de la ganancia y del poder personal no pueden ser vencidas si no por el «compromiso por el bien del prójimo. Con la disponibilidad, en sentido evangélico, a "perderse" en favor del otro»¹⁴⁸. El amor desinteresado de Cristo, transformando la vida de los creyentes, rompe el círculo vicioso de la violencia humana. La amistad auténtica establece un clima favorable a la paz y a la justicia, contribuyendo así a la redención de la sociedad.

[...]

10) *Perspectivas escatológicas*

75. La recepción de la redención en la vida presente es fragmentaria e incompleta. Nosotros «poseemos las primicias del Espíritu», pero todavía gemimos con toda la creación «esperando la adopción a hijos, el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es en es-

¹⁴⁸Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 38.

peranza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia» (*Rm 8, 23-25*).

76. Aunque los fieles cristianos reciban el perdón de los pecados y la infusión de la gracia, para que el pecado no reine más en ellos¹⁵³, sus tendencias pecaminosas no están vencidas del todo. Las señales del pecado, incluido el sufrimiento y la muerte, permanecerán hasta el fin de los tiempos. Los que conforman la propia vida a Cristo en la fe tienen la certeza de que, a través de la propia muerte, obtendrán una participación definitiva en la victoria del Salvador resucitado.

77. Los cristianos han de combatir constantemente el mal y el sufrimiento presentes de tantos modos en el mundo y en la sociedad, con la promoción de la justicia, de la paz y del amor, en el esfuerzo por asegurar la felicidad y el bienestar de todos.

78. La redención llegará a su plenitud sólo cuando Cristo vuelva para establecer su reino definitivo. Entonces Él presentará al Padre los frutos de su larga batalla. Los que sean bienaventurados en el cielo compartirán la gloria de la nueva creación. La presencia divina permeará toda realidad creada; todas las cosas brillarán con el esplendor del Eterno, en modo que «Dios sea todo en todos» (*I Co 15, 28*).

¹⁵³*Rm 5, 21; 8, 2.*